

# El culto al sol en las cuevas mayas

JUAN LUIS BONOR VILLAREJO

Museo de América

La ponencia que presentamos a esta II Mesa Redonda de la Sociedad Española de Estudios Mayas trata un tema que ya fue planteado como hipótesis de trabajo en nuestra Memoria de Licenciatura titulada *Las Cuevas en la Religión de los Mayas Prehispánicos*, y que fue presentada en el Departamento de Antropología de América de la Universidad Complutense de Madrid a finales del mes de septiembre de 1986.

La materia a tratar en estas sesiones en sus más variadas vertientes, es *Los Mayas del Norte de Yucatán*. Pero dada la proximidad temporal del II Coloquio Internacional de Mayistas celebrado en Campeche en agosto de este año, y en el cual presentamos una comunicación \* sobre los resultados preliminares de nuestros trabajos, en dos de las numerosas cavernas situadas dentro y en los alrededores de la Zona Arqueológica de Oxkintok (Bonor, 1989b I:303-309), hemos estimado conveniente no repetirnos y tratar un tema que, aunque se escapa o parece escaparse de los estrictos límites marcados para esta Mesa Redonda, incide directamente en uno de los múltiples problemas que plantea la religión maya en general, y el ritual celebrado en el interior de las cavernas de forma particular.

Dado lo reducido del tiempo con que contamos para desarrollar nuestros trabajos, no vamos a entrar a debatir cuestiones de sobra conocidas por parte de los especialistas, ni tampoco vamos a efectuar un minucioso análisis del ritual en cuevas ni de las causas que lo originaron; temas éstos frecuentemente olvidados en los textos sobre religión maya, publicaciones que centran su atención en lo que podríamos denominar una «religión de superficie» y que parecen desconocer la existencia de las cuevas, no sólo como anexos al centro ceremonial sino como lugares sagrados con un carácter propio. Naturalmente, cuando hablamos de una «religión de superficie» lo hacemos pensando en las tres esferas de la religión maya definidas por Thompson (1982:230); la religión oficial, la campesina y, por último, los ritos y las ceremonias efectuadas en el interior de las cavernas; aplicándose el término «superficie» al ritual practicado fuera de éstas, bien por la élite o por la clase campesina. Hechas estas aclaraciones, vamos a desarrollar, en la medida de lo posible, la ponencia sobre *El culto al sol en las cuevas mayas*. Y es aquí donde nos encontramos, aun antes de empezar, con los primeros problemas; problemas que afectan no al culto en sí, hecho éste para nosotros incontestable, sino a la figura del sol o del dios solar.

Antes de hablar del dios solar prehispánico vamos a hacer referencia a los dioses que, entre las comunidades indígenas actuales, se relacionan con los dos elementos claves de este planteamiento: las cuevas y el sol. Y así, vemos cómo entre los lacandones, el dios del sol es *Kin*, el cual pasa la noche en una caverna próxima a San Quintín en compañía de *Biram* y *Kiyum*, deidades cuya única función es la de acompañar al sol durante su recorrido nocturno (Villa Rojas, 1968:115). En estas

---

\* Debido al retraso con el que se publican estas comunicaciones, he procedido a una nueva lectura del texto en la idea de actualizar, no sólo determinadas fichas bibliográficas incluyendo otras nuevas que pudieran ser de interés, sino añadiendo algunas notas con la misma finalidad. Sin embargo, una versión más amplia de esta ponencia puede verse en nuestro trabajo *Las Cuevas Mayas: Simbolismo y Ritual* (Bonor, 1989a: 47-57).

mismas comunidades nos encontramos también con la figura de *Usukum*, conocido de la misma forma como *Sukunyum*; Señor del Inframundo y portador del sol nocturno, que acoge al astro rey llevándole sobre sus espaldas, dándole *pozol* y acompañándole hacia el oriente (Soustelle, 1966:22).

Por su parte, Ricardo Pozas (1982:407) nos informa que *Totic* o *Chultotic*, dios del sol de los chamulas, es la deidad a la que se le pide el agua; y que las oraciones dirigidas al sol para tal fin se efectúan en las cuevas, en las simas y en los cerros, lugares donde *Totic* baja para que los hombres le hablen. Este hecho es interesante por dos razones, la primera porque no es común entre los mayas pedir la lluvia al sol, aunque sí, y sobre todo en Yucatán, el agua bien con fines ceremoniales o domésticos, se obtiene en gran medida del interior de las cuevas y de los numerosos *cenotes* que se encuentran dispersos por la región. Pero en estos lugares hacen acto de presencia otro tipo de deidades y no precisamente *Kinich Ahau*, el yucateco dios del sol que, posiblemente era muy temido por contrarrestar los efectos beneficiosos de los dioses del agua. En segundo lugar, la información de Ricardo Pozas nos está remitiendo a un culto al sol en el interior de determinadas cuevas; pero no fue el observar este hecho lo que nos sugirió la posibilidad de qué ritos al astro rey se efectuarán en las cuevas del *Mayab*, sino más bien la comparación de dos mitos; uno extraído de las *Relaciones de Michoacán* y el otro descrito en el *Popol Vuh*.

Una escena simbólica del triunfo del sol diurno aparece en el texto quiché y en ella, *Hun-Hunahpú* y *Vucub-Hunahpú*, fueron muertos por los señores de *Xibalbá* después de perder en el juego de pelota y en otra serie de pruebas. Estos personajes fueron enterrados en el *Pucbal-chac*, y la cabeza de *Hun-Hunahpú* fue cortada y colgada de una jícara. A este árbol llegó una muchacha llamada *Ixquic* y, desde él, por medio de la saliva, *Hun-Hunahpú* dejó embarazada a la mujer. Así fueron engendrados *Hunahpú* e *Ixbalanqué*, hijos póstumos de *Hun-Hunahpú* y a la postre vengadores de la muerte de su padre y de su tío. Continuando con el relato, vemos cómo estos personajes se encuentran con un ratón que, a cambio de su vida, les cuenta lo sucedido con sus padres. Tras conocer la verdad, los dos hermanos derrotan a los señores de *Xibalbá* en el juego de pelota, saliendo triunfantes de todas las pruebas a las que fueron sometidos, ascendiendo por fin al cielo convertidos en el sol y en la luna (Recinos, 1976:49-102).

Este mito quiché se corresponde perfectamente con el llamado «Mito del Venado de Crines» obtenido de las *Relaciones de Michoacán* (Corona Núñez, 1977). Según el mismo, el sol jugó a la pelota con otro dios llamado *Achuri-Hirepe* (*La Noche que se apresura*) y este último le venció, siendo sacrificado en la *Xacona* o Casa de la Noche<sup>1</sup>. Este sol tuvo un hijo póstumo llamado *Xiratatapegui* que salió de caza un día encontrándose una iguana a la que se dispuso a matar. La iguana le ofreció, a cambio de su vida, la información relativa a la muerte de su padre. Enterado *Xiratatapegui* de los acontecimientos, se propone descubrir al asesino de su padre y al hallarlo le dio muerte. Con el cuerpo de su progenitor, una vez que lo hubo encontrado, se alejaba del lugar cuando una manada de aves lo interrumpió y disponiéndose a cazarlas dejó a su padre en el suelo, convirtiéndose éste en un venado de crines en representación del sol

<sup>1</sup> Xacona es un pueblo situado a dos kilómetros al suroeste de Zamora (Michoacan). En el monte Curutarán, que fue una de las cuatro cabeceras tarasacas, se encuentra una cueva que tal vez sea la «Casa de la Noche» a la que nos hace referencia el mito (José Luis de Rojas, comunicación personal, 1987).

nuevo que va a salir cada mañana. Como hemos visto en sendos mitos, unos personajes son derrotados por los dioses o señores del mundo inferior en lugares ocultos: *Xacona* y *Xibalbá*; ambos pierden en el juego de pelota y de la misma manera conciben hijos póstumos. De igual forma los hijos son informados de la muerte de sus padres por un animal, y en ambos casos derrotan a los asesinos de sus progenitores. El triunfo del sol también es un elemento común.

Desde luego que hay que ver estos mitos con sumo cuidado y no olvidar que se trata de documentos Postclásicos y Protohistóricos, además de tener en cuenta la distancia espacial que hay entre el territorio michoacano y el área maya. No obstante, el hecho de que se trate de un mito nos induce a pensar en una serie de tradiciones recogidas oralmente que, sin duda, se remontan a tiempos prehispánicos, sin olvidar por supuesto, las numerosas analogías que en común tienen las distintas religiones mesoamericanas.

Llegados a este punto, tal vez sorprenda el que a lo largo de éstas y de las anteriores páginas, se hagan continuas referencias a datos procedentes de las culturas del centro de México; hecho éste que viene dado por nuestra creencia de que poner límites geográficos al campo de las religiones (aunque se trate de la maya) es acotar el conocimiento de las mismas. En este sentido, y como justificación de lo anterior, añadir que estimamos posible hablar de la existencia de una serie de creencias que podríamos denominar «panmesoamericanas»; de una unidad en lo religioso que en ningún momento es identidad, puesto que, y como ha afirmado algún autor (Caso, 1968), se dan una serie de variantes religiosas que no son, desde nuestro punto de vista, obstáculo para que las coincidencias sean superiores y nos permitan, en un buen número de casos, obtener respuestas difíciles de lograr por otros medios.

Anteriormente hemos mencionado que uno de los problemas con el que debíamos enfrentarnos era a cerca del concepto de dios del sol y sobre el tradicional carácter dual que a esta figura se le ha otorgado. Sin embargo, no vamos a entrar a debatir aquí esta cuestión, pues no afecta sustancialmente a la hipótesis que aquí planteamos y hubiera exigido por nuestra parte un amplio estudio iconográfico, que no deseamos poder efectuar algún día <sup>2</sup>.

El astro rey era para los mayas fuente de luz, de vida y de calor; y de su continuo y constante peregrinar dependía la prosperidad de los campos, las cosechas, el mantenimiento de las instituciones y el progresar de una cultura. Y en una sociedad como la aquí estudiada, con ese sentido fatalista de la existencia, el ocaso del sol al atardecer debía significar algo negativo, y un interrogante se plantearía en el pensamiento de los sacerdotes: ¿volverá a salir el sol? En una sociedad en la que los mitos y la realidad se entremezclan, el tránsito y la lucha de los gemelos míticos por el inframundo, traería consigo el traslado de esa creencia al terreno de la realidad; y un profundo temor invadiría a la casta sacerdotal ante el evidente poderío de las fuerzas subterráneas. Y esa idea negativa, conducida al plano de la fe y de la que depende su existencia y la propia esencia del *Mayab*, representa un grave peligro que hay que contrarrestar.

Este análisis teórico nos conduce a las cuevas como los lugares idóneos para que,

---

<sup>2</sup> Sobre este tema, podrá verse en su día «El dios del sol entre los mayas: ¿Una nueva visión?, trabajo que presentamos en el I Congreso Internacional de Mayistas celebrado en agosto de 1989, en la ciudad de San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

ceremonias en honor de la deidad solar se efectuaran en su interior. Naturalmente, el párrafo anterior que presenta una imagen de los sacerdotes mayas como individuos atemorizados ante el ocaso del sol, y por extensión ante otros fenómenos de la Naturaleza, no debe ser entendido en su sentido literal; sino como una figura poética que, en un buen número de casos, no se ajustaba a la realidad. Pensamos que se debe abandonar esa imagen negativa de los sacerdotes mayas, con el convencimiento de que los *Halach Winikob* eran plenamente conscientes de la realidad y del mundo que les rodeaba. Evidentemente no podemos ni siquiera imaginarnos el que este tipo de ceremonias se efectuara a diario, ni que el área de su aplicación abarcara a todo el *Mayab*; pero sí el que estos ritos son posibles y en algunas zonas concretas del territorio maya. No obstante, es indudable el pavor que atacaba a la población cuando algún acontecimiento perturbaba el normal recorrido del sol por los cielos. Sobre este particular, Sahagún (1985:431) nos dice que cuando se eclipsaba el sol *...la gente ...se alborota y tómales gran temor, y luego las mujeres lloran a voces y los hombres dan gritos, hiriendo las bocas con las manos; y en todas partes se daban grandes voces y alaridos, y luego buscaban hombres de cabellos blancos y caras blancas, y los sacrificaban al sol. ...Y decían, si del todo se acababa de eclipsar el sol: ¡Nunca más alumbrará, ponerse han perpetuas tinieblas y descenderán los demonios y vendránnos a comer!*

Si las ceremonias de fertilidad agrícola se celebraban en las *milpas*, y los sacrificios a los dioses celestes en las cimas de las pirámides, las profundidades de las cavernas debieron ser los lugares elegidos para determinadas ceremonias al sol, por tratarse de mítico campo de batalla donde se pone en juego la existencia de la comunidad; por lo menos desde un punto de vista teórico.

Esa magnífica «pinacoteca» del arte maya que es la cueva de *Naj Tunich* en Guatemala, aporta elementos de indudable valor en relación con el sol. Con independencia de otras cuestiones, las pinturas de *Naj Tunich* son importantes por su enorme valor simbólico y por el hecho de ubicarse en el interior de una caverna<sup>3</sup>. Llama la atención que entre estas pinturas aparezcan representaciones de jugadores y del juego de pelota (Fig. 1), así como de individuos disfrazados de venados (Fig. 2), e incluso una imagen identificada por Stone (1982:95) como del Dios Jaguar (Fig. 3). La temática de estas pinturas es, como ya sabemos, mucho más amplia, completándose con escenas de sacrificios, representaciones de tipo sexual, de animales, glifos, etc., abarcando todas ellas un amplio abanico de actividades.

El hecho de que en las profundidades de una caverna, como es el caso de *Naj Tunich*, aparezcan plasmadas en sus paredes escenas del juego de pelota, es interesante por las relaciones que podemos construir en conexión con los ritos anteriormente relatados; pues es en el interior de un espacio mítico, oculto y subterráneo, donde el juego de pelota decide, en cierta forma, el triunfo del sol en su enfrentamiento con las fuerzas del inframundo. Parece como si estas pinturas fueran la expresión visible de las escenas relatadas en el *Popol Vuh*, personificándose en la figura disfrazada de venado las palabras de *Tohil*, *...quedáos con el pelo de los venados y guardáos de aquellos cuyas*

<sup>3</sup> En el mes de agosto de 1989, la cueva de *Naj Tunich*, fue salvajemente saqueada. Casi la totalidad de las pinturas y los textos glíficos dibujados en sus paredes, fueron destruidos por algún o algunos incontrolados. No se llevaron nada, su intención era destruir. Lo lograron, y con ello todos hemos perdido un importante patrimonio arqueológico. Para ampliar este tema, puede verse el artículo de James E. Brady (1990) «Report on recent damage to the inscriptions at *Naj Tunich*». *Mexicon*, vol. XII, n.º 1: 5-6. Berlín.

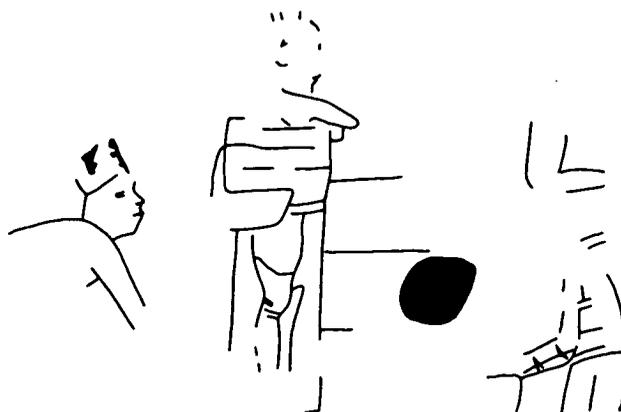


Figura 1.—Cueva de Naj Tunich (Guatemala). Según Stone (1982: 96).

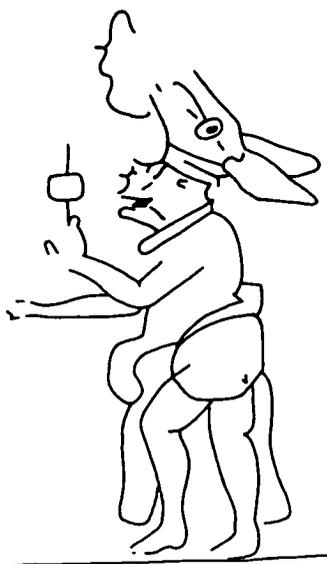


Figura 2.—Cueva de Naj Tunich (Guatemala). Según Stone (1982: 98).

*miradas nos han engañado. Así pues, el venado(la piel) será nuestro símbolo que manifestareis ante las tribus. Cuando se os pregunte ¿dónde está Tohil?, presentaréis el venado ante sus ojos. Tampoco os presentéis vosotros mismos pues tendréis otras cosas que hacer* (Recinos, 1976:125), alusión clara a las pieles de venado que los sacerdotes enseñaban al pueblo en lugar de los dioses, manifestándose el carácter sagrado de este animal.



Figura 3.—Cueva de Naj Tunich (Guatemala). Según Stone (1982: 95).

Vamos a abandonar momentáneamente el área maya para centrar nuestra atención en la Pirámide del Sol de Teotihuacán. Esta estructura (Heyden, 1973) está edificada sobre una pequeña caverna de 103 metros de longitud que finaliza casi en el eje que forma el vértice de la pirámide con su base. La caverna posee construcciones y estrechamientos artificiales, apareciendo al final del túnel, cuatro cámaras ampliadas y retocadas por el hombre. En varias ocasiones hemos afirmado (Bonor, 1986, 1989a y nd) que el conjunto pirámide sobre cueva es la más perfecta materialización, no sólo de la cosmovisión maya, sino también de la visión del mundo mesoamericano. Pero en el tema que nos ocupa es interesante resaltar varios aspectos que, a continuación, relacionaremos con datos procedentes del *Mayab* (Fig. 4).

En primer lugar, es significativo el que la orientación de esta gigantesca estructura y de la cueva sea tal que el sol al ocultarse lo haga precisamente frente a la fachada principal de la pirámide, lugar éste en el que se encuentra el acceso a la caverna; como posible símbolo del espacio por donde el sol se introducía en el mundo inferior. Por otra parte, hay que resaltar que el dios del sol es la deidad que influía sobre la cuarta estación del día azteca, número que coincide con las cuatro cámaras de la cueva situada bajo la Pirámide del Sol, y número con el que se identifica al dios solar maya, patrón del día *ahau* y que aparece asociado a este numeral. Recordar aquí que esta caverna, gracias a las transformaciones artificiales que sufrió, posee aspecto de flor y que el día nahuatl *xochitl*, flor y sol, es el símbolo del dios solar *Tonatiuh*. De igual forma, mencionar que el signo cuatrilobulado se muestra unido frecuentemente, también como manifestación solar, a las representaciones de los monarcas mayas.

Se ha afirmado en numerosas ocasiones que el pueblo azteca era el Pueblo del Sol, y una ceremonia que simbolizaba el paso del astro rey por los cielos, se celebraba el día Cuatro Movimiento. En ella, y tras el sacrificio de una víctima en el Templo al amanecer, los Caballeros Aguila y los Caballeros Tigre, consagrados al culto solar, efectuaban una danza en la que se daba simbólicamente muerte al sol (Vaillant, 1985:170). Y es en este punto cuando volvemos de nuevo al área maya de la mano de un documento publicado por Carlos Navarrete (1971); y que se refiere a la prohibición de la llamada «Danza del Tigre», baile ritual que se llevaba a cabo en 1631 en la localidad de Tamulté de la Sabana, población de habla chontal cercana a Villahermosa (Tabasco). En este documento se hace referencia *...al baile que llaman del tigre, donde se disfrasan de dicho animal y danzando hacen toda clase de actos contra nuestra Fe; que tuvo informes de que en dicha representación los tigres simulan pelear contra un indio que*

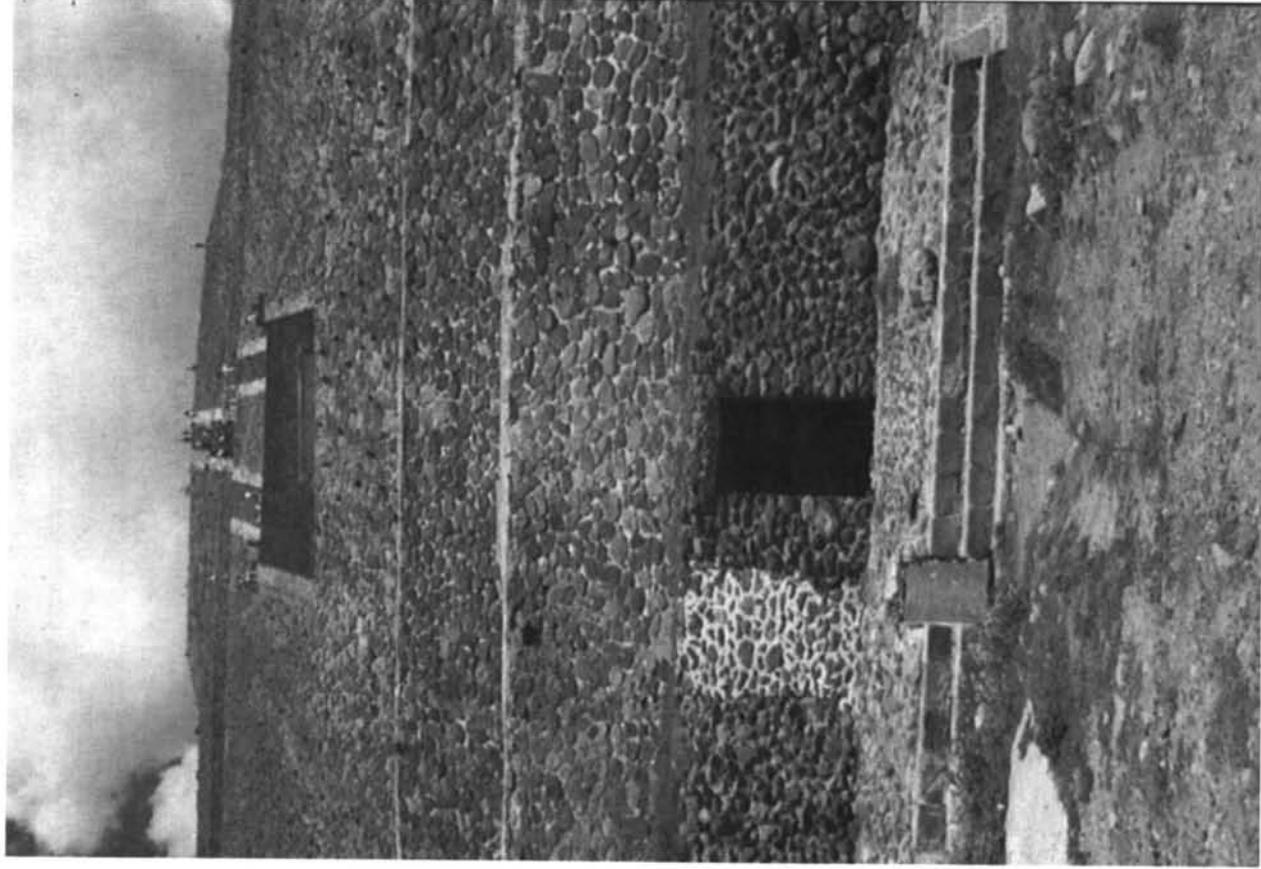


Figura 4.—Teotihuacan. Pirámide del Sol y entrada a la caverna.

*viste de guerrero, al que amarran y simulan sacrificar en una cueva que llaman Cantepec, donde hacen música y gritan y beben fermentos que los dejan en un estado lastimoso hasta caer rendidos.* Creemos que es posible establecer algún tipo de relación entre este baile celebrado en una cueva y la danza que, en honor del sol, efectuaban los Caballeros Aguila y Tigre. Sobre este particular, Thompson (1975):xxix) pensaba que los guerreros «muertos» por los jaguares, «resucitaban» y se «reencarnaban» en jaguares para efectuar nuevas capturas; aunque por nuestra parte sugeriríamos que, esos guerreros de los que nos habla el documento de Tamulté, fueran la representación del dios solar.

Son frecuentes las manifestaciones del dios del sol como un personaje descarnado y esquelético vagando por el inframundo. Entre los pueblos del centro de México hemos visto cómo era necesario efectuar sacrificios para proporcionarle sangre y piel, y ayudarle así en su recorrido nocturno. Esta idea aparece también entre los mayas, por lo menos en sus representaciones escultóricas, donde es posible observar a esta deidad con los rasgos anteriormente descritos.

Tradicionalmente se acepta esta patética imagen del dios solar, y si admitimos la creencia de que era necesario «revestirlo» de piel y «alimentarlo» con sangre, no podemos olvidar aquí las palabras de *Tohil* reflejadas en el *Popol Vuh ...quedaós con el pelo de los venados... el venado (la piel)* será nuestro símbolo que manifestaréis ante las tribus (Recinos, 1976:125); teniendo también presente la identificación existente entre el venado y el sol. Sobre este particular, Mary Pohl (1981) teniendo en cuenta los numerosos restos de venados que aparecen en el interior de las cuevas, cree que entre los mayas contemporáneos, se celebra un ritual (ceremonia *Kuch*), que posee considerables analogías con otro practicado en tiempos precolombinos y que, a pesar de no ser una supervivencia directa del antiguo rito, puede ayudar a la identificación de la antigua versión maya. Por cuestiones de tiempo no vamos a hablar del desarrollo de esta ceremonia, pero sí cabe decir que Pohl cree que este acto debió llevarse a cabo en el interior de las cuevas, asociado a ritos de fertilidad agrícola o relacionado con el sistema de jerarquía civil y religiosa.

Pero sin lugar a dudas, los datos más contundentes en apoyo de esta hipótesis solar, los encontramos en la cueva de los Andasolos del mexicano Estado de Chiapas. Los trabajos de rescate arqueológico efectuados en esta caverna (Navarrete y Martínez, 1977), ponen de manifiesto, junto con otra serie de hechos, la existencia de grandes urnas consagradas al dios del sol; urnas que parecen corresponder a un complejo cerámico dedicado al culto solar y pertenecientes al Período Clásico Tardío. Estos materiales, algunos de los cuales describiremos más adelante, se han encontrado así mismo en la tumba de la estructura n.º 1 de Chinkultic (Navarrete, 1976:58), en una cueva cerca de Ocosingo o de Hun Chavín, en Comitán; en una caverna cercana a Chinkultic y en Salto de Agua (Sáenz, 1966). Aunque estas últimas proceden de saqueos y es difícil ubicarlas en un contexto arqueológico apropiado, por las dimensiones son comparables a la gran urna ceremonial encontrada en la cueva de los Andasolos.

Para Carlos Navarrete y Eduardo Martínez (1977), estos hallazgos son importantes para entender la relación sol-inframundo-cuevas-tumbas. Pero, desde nuestro punto de vista, y aunque esta conexión aparece clara, hay que diferenciar entre las urnas solares halladas en superficie, es decir, en un centro ceremonial, y las encontradas en una caverna; creyendo que, tanto en un caso como en el otro, estos materiales juegan un

distinto papel, distinta función que aparece inmersa en la cosmovisión maya; con una clara diferencia entre la superficie de la tierra y el interior de ésta.

También Blom (1961:121) nos informa de la existencia de un cilindro de barro procedente de la cueva de *Sacalchich* y que es semejante a los cilindros de este mismo material encontrados en la cueva del Zopo, todas ellas en Chiapas, y que representan a la figura del dios jaguar del n.º 7. Algunos de estos cilindros aparecen reproducidos en el trabajo de Elsa Hernández Pons (1984: Figs. 62, 63 y 64).

La urna de los Andasolos consta de dos partes, y en ella se representa a un individuo que, en opinión de Navarrete y Martínez (1977:26) *...personifica al Sol en su carácter de «Sol de abajo», así lo indica su rostro orlado por la boca abierta de una serpiente de la que sólo se ven la lengua bifida, algunos colmillos y las orejas aparentemente de murciélago*. La tapa por el contrario, parece representar a un individuo de aspecto juvenil que, según los autores de esta investigación, pudiera ser el astro joven, o el dios joven del maíz. Si esto es así, la vasija de los Andasolos refleja a la deidad solar en su aspecto dual, en el momento de la transformación, en el instante del paso de ser señor de los cielos a señor de la noche.

Pero esta urna ceremonial no apareció aislada en el nicho donde se situaba, sino asociada a una importante ofrenda, a caras esculpidas en las paredes de la cueva, máscaras funerarias y a un ídolo del estilo «brazos cruzados». De todas estas piezas y con independencia de la urna, nos llama la atención una vasija (catalogada con el n.º 9) decorada con tres entrelaces tipo «estera», motivo éste relacionado con el glifo *pop*, primer mes del calendario maya, que tenía al jaguar como dios patrón y fecha en la que se renovaban los utensilios, prendiéndose el fuego nuevo (Landa, 1982:90). Importante es el que la única pieza que contenía la vasija era una garra de jaguar, garra y entrelaces cuya asociación no nos parece, tal y como manifiestan Navarrete y Martínez (1977:61), bajo ningún concepto casual.

Si las urnas solares encontradas en los centros ceremoniales asociadas a ofrendas mortuorias, como es el caso de la tumba hallada en la estructura n.º 1 de Chinkultic (Navarrete, 1976:58), parecen señalar al dios solar como acompañante del difunto en su viaje al inframundo; las urnas que han aparecido en el interior de cuevas deben responder a otras motivaciones religiosas. Para nosotros, estas motivaciones son el culto al sol, rito dirigido a ayudar al dios solar a traspasar sin demasiados riesgos su peligroso recorrido por el mundo inferior; sobre todo en una región donde el culto al dios jaguar parece más acusado y las cuevas son consideradas como auténticos puntos de ingreso al inframundo maya.

Bastante tiempo ha transcurrido ya, desde que el último *Halach Winik* mirara con temor el ocaso del sol, demasiado tiempo sin ofrecerle piel y sangre que le ayude en su constante y diaria lucha. Nosotros, que al igual que Thompson (1982:446) nos sentimos impulsados a aplaudir y a patear de gusto cuando leemos y escuchamos los mitos del *Mayab*, no nos resistimos a creer que los jaguares de *Cizin* pondrán fin al mundo al devorar un sol, que también fue suyo, cuando muera el último lacandón (Cline, 1944; citado por Thompson, 1982:413).

## BIBLIOGRAFIA

- BLOM, Frans (1961). «Notas sobre algunas ruinas todavía sin explorar». En *Los Mayas del Sur y sus Relaciones con los Nahuas Meridionales*, pp. 115-125. VIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. México.
- BONOR VILLAREJO, Juan L. (1986). *Las Cuevas en la Religión de los Mayas Prehispánicos*. Memoria de Licenciatura. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- (1989a). *Las Cuevas Mayas: Simbolismo y Ritual*. Editorial de la Universidad Complutense - Quinto Centenario. Madrid.
- (1989b). «Las Cuevas de Oxkintok: Informe preliminar». En *II Coloquio Internacional de Mayistas*, vol. I: 303-309. Campeche, 17-22 de agosto de 1987. Centro de Estudios Mayas. Universidad Nacional Autónoma de México. México.
- (nd). «El complejo cueva-pirámide en la cultura maya antigua». En *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*. Mérida (en prensa).
- CASO, Alfonso (1968). «¿Religión o religiones mesoamericanas?». En *XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas*. Munich.
- CLINE, H. (1944). «Lore and deities of the lacandons indians, Chiapas, Mexico». En *Journal of American Folklore*, n.º 57: 107-115.
- CORONA NÚÑEZ, José (ed.) (1977). *Relación de las Ceremonias y Ritos y Población y Gobernación de los Indios de la Provincia de Michoacán*. Editorial Balsal. Morelia, Michoacán, México.
- HERNÁNDEZ PONS, Elsa C. (1984). *Investigaciones Arqueológicas en el Valle del Río Tulijá, Tabasco-Chiapas*. Universidad Nacional Autónoma de México. México.
- HEYDEN, Doris (1973). «¿Un Chicomostoc en Teotihuacán? La cueva bajo la Pirámide del Sol». En *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, n.º 6: 3-18. México.
- (1975). «An interpretation of the cave underneath the Pyramid of the Sun in Teotihuacan, Mexico». En *American Antiquity*, vol. 40, n.º 2: 131-147. Washington.
- LANDA, Fray Diego de (1982). *Relación de las Cosas de Yucatán*. Introducción de Angel María Garibay. Editorial Porrúa, S. A. México.
- NAVARRETE, Carlos (1971). «Prohibición de la Danza del Tigre en Tamulté, Tabasco, en 1631». En *Tlalocan*, n.º 6: 374-376. México.
- (1976). «Chinkultic (Chiapas): Trabajos realizados en 1976». En *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, n.º 19: 43-58. México.
- NAVARRETE, Carlos, y MARTÍNEZ, Eduardo (1977). *Exploraciones Arqueológicas en la Cueva de los Andasolos, Chiapas*. Universidad Autónoma de Chiapas. Universidad Autónoma de Chiapas. México.
- POHL, Mary (1981). «Ritual continuity and transformation in Mesoamerica: Reconstructing the ancient maya cuch ritual». En *American Antiquity*, vol. 46, n.º 3: 513-529. Washington.
- POHL, Mary, y POHL, John (1983). «Ancient maya cave rituals». En *Archaeology*, vol. 36, n.º 3: 28-32 y 50-51. New York.
- POZAS, Ricardo (1982). *Chamula: Un Pueblo Indio de los Altos de Chiapas*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- RECINOS, Adrián (1976). *Popol Vuh*. Fondo de Cultura Económica. México.
- SÁENZ, César A. (1966). «Tesoros arqueológicos rescatados». En *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, n.º 24. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- SAHAGÚN, Fray Bernardino de (1985). *Historia General de las Cosas de Nueva España*. Editorial Porrúa, S. A. México.
- SOUSTELLE, Georgette (1961). «Observaciones sobre la religión de los lacandones del sur de México». En *Guatemala Indígena*, vol. I, n.º 1: 31-105. Guatemala.
- (1966). *Collections Lacandons*. Catalogues du Musée de l'Homme. Serie H. Amérique III. Paris.

- 
- STONE, Andrea (1982). «Recent discoveries from Naj Tunich». En *Mexicon*, vol. IV, n.º 5/6: 93-99. Berlín.
- THOMPSON, J. Eric S. (1959). «The role of caves in maya culture». En *Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg*, vol. XXV: 122-129. Hamburg.
- (1975). «Introduction». En *The Hill-Caves of Yucatan*. De Henry C. Mercer, 2.ª edición. Norman. Oklahoma.
- (1982). *Historia y Religión de los Mayas*. Siglo XXI. México.
- VAILLANT, George C. (1985). *La Civilización Azteca*. Fondo de Cultura Económica. México.
- VILLA ROJAS, Alfonso (1968). «Los lacandones: Sus dioses, ritos y creencias religiosas». En *América Indígena*, vol. XXVIII, n.º 1: 81-137. México.
- (1985) *Estudios Etnológicos: Los Mayas*. Universidad Nacional Autónoma de México. México.

